

María I. Elizalde Frez

Universitat Autònoma de Barcelona
maria.elizalde@gmail.com

*Epistolario entre María Zambrano
Alarcón y José Ferrater Mora: 25 años
de crítica filosófica*
*Collected Letters between Maria
Zambrano Alarcón and Jose Ferrater
Mora: 25 years of Philosophical
Criticism*

Resumen

Se presenta el estudio crítico del epistolario inédito de María Zambrano y José Ferrater Mora mantenido entre 1944 y 1968. En él los autores abordan la crítica a sus publicaciones, así como comparten las comunes preocupaciones sobre el cristianismo, Ortega y Gasset y los filósofos que se han quedado en España, el papel de la filosofía en la contemporaneidad y el exilio.

Palabras clave

José Ferrater Mora, María Zambrano, epistolario, exilio, filosofía contemporánea

Abstract

This article presents a critical study of the unpublished epistolary of Maria Zambrano and Jose Ferrater Mora, maintained between 1944 and 1968. In it the authors exchange criticism of their publications, as well as share common concerns about Christianity, Ortega y Gasset and the philosophers who have remained in Spain, the role of philosophy in the contemporary reality and exile.

Keywords

Jose Ferrater Mora, Maria Zambrano, epistolary, exile, contemporary philosophy

Recepción: 7 de diciembre de 2016
Aceptación: 19 de enero de 2017

Aurora n.º 18, 2017, págs. 26-35
ISSN: 1575-5045
ISSN-e: 2014-9107
DOI: 10.1344/Aurora2017.18.3

Se presenta el conjunto epistolar inédito entre María Zambrano (1904-1991) y José Ferrater Mora (1912-1991). La primera carta de la que tenemos noticia documental es de 1944, tras haber coincidido ambos filósofos en Cuba, y la última de 1968, si no tenemos en cuenta dos telegramas posteriores de felicitación.

El interés de este epistolario tiene un doble camino: por un lado, se trata de la relación desde distintos lugares de exilio, aumentando así su visión internacional, y por el otro, es un epistolario en el que, a pesar de la presencia de las vivencias personales, se mantiene el propósito de hacer crítica filosófica de los textos del interlocutor.

En los años en que se mantiene la relación epistolar nuestros autores estaban publicando obras capitales para entender su trayectoria

filosófica: María Zambrano publicaba *Hacia un saber sobre el alma*, *El hombre y lo divino*, *Delirio y destino*, *Los sueños y el tiempo*, *La tumba de Antígona*, así como numerosos artículos; Ferrater publicaba, además de reediciones de su *Diccionario de filosofía* y artículos en revistas internacionales, *Unamuno: bosquejo de una filosofía*, *El ser y la muerte*, *El ser y el sentido*, *Ortega y Gasset: An outline of his philosophy...*

i. No podemos asegurar que sean todas las cartas cruzadas entre los filósofos estas que presentamos, pero sí son todas a las que se da acceso a los investigadores en ambas instituciones.

El diálogo que se estableció entre María Zambrano y José Ferrater Mora es, por tanto, un diálogo filosófico, en el que tres temas subyacen constantemente: el cristianismo, la crítica a la razón occidental contemporánea y la admiración por sus maestros, es decir, Ortega y Gasset y Unamuno, sintiéndose ambos discípulos suyos. La proximidad entre Zambrano y Ferrater en cuanto a las temáticas, aunque no en el acercamiento a ellas, aparece a lo largo del epistolario de forma más o menos velada, más clara en algunos párrafos de Ferrater, quien sorprendentemente mostraba un interés cierto en la evolución del pensamiento zambraniano: «su juicio me importaba mucho y de él dependía en una buena parte que yo pensara proseguirlo», le escribía en noviembre de 1945 desde Santiago de Chile Ferrater a Zambrano una vez leída su crítica al «ensayo sobre la muerte» que Ferrater había terminado.

Los documentos que se presentan están repartidos entre la Cátedra Ferrater Mora de Pensamiento Contemporáneo (Universitat de Girona) y la Fundación María Zambrano.¹ Se ha tenido acceso a veintiséis cartas escritas por María Zambrano (gran parte de ellas, mecanografiadas) y diecisiete de Ferrater Mora (todas ellas mecanografiadas). Se ha trabajado conjuntamente en ambos fondos para dar coherencia y un sentido unitario a la totalidad documental. De esta forma, se puede seguir el recorrido vital, intelectual y editorial, tanto de Zambrano como de Ferrater, y se da noticia de sus encuentros en varios lugares: en La Habana durante los primeros años de exilio, más tarde en París y Roma. Si las cartas nos parecen de un gran nivel filosófico, no lo debían ser menos los encuentros que mantuvieron a lo largo de sus vidas.

Coincidieron entre finales de 1939 y 1941 en La Habana. Ambos exiliados de la guerra civil española, establecieron relación, aunque quizá se conocieran en Barcelona en el último año de la guerra. Las referencias a los meses transcurridos en La Habana por parte de Ferrater aparecen en unas pocas líneas, si bien dan idea de la complicidad que compartieron.

En la primera carta de la que tenemos noticia, escrita por María Zambrano el 18 de septiembre de 1944, la filósofa daba cuenta de la espera de la publicación de *La agonía de Europa* en la editorial Sudamericana y de los últimos artículos aparecidos: una primera parte de una serie de textos que quería escribir para la revista de la Universidad de La Habana sobre Unamuno, «Eloísa» en *Sur*,

2. Zambrano, M., Carta inédita, 18 de septiembre de 1944, La Habana.

«La esfinge» en *Cuadernos americanos*, en *El hijo pródigo* «Poema y sistema». Zambrano había recibido *Unamuno: bosquejo de una filosofía*, del que escribía:

Me lancé de inmediato sobre el «Unamuno», leí el primer capítulo y no seguí por querer esquivar el tema atrayente que tengo aún ahí, como otros, en el fondo de no sé qué cueva del alma, retenido (aunque no «inhibido»). [...] Del resto del libro el diseño del personaje [*sic*] en el hombre de carne y hueso me parece lo más logrado, y con una espléndida claridad el que Unamuno sea hombre que pueda prescindir de la razón —donde estriba justamente su tragedia— y su soñar despierto, pues claro es que la vida como sueño es algo tan amplio que va desde el budhismo hasta los surrealistas, con los que, es curioso, tendría algún punto de contacto —algun[o] nada más— nuestro Unamuno. [...] El cristianismo trágico de Don Miguel es una sima sin fondo y a mi entender es la médula de la historia religiosa de Europa, no quiero decir de Unamuno, sino que es el tema: el renacer [...] que el espíritu occidental todavía no ha conseguido.²

El intercambio epistolar debió continuar en los siguientes meses. La siguiente carta conservada es, de nuevo, de María Zambrano. Escrita en junio de 1945, ya había leído *Las formas de vida catalana* (escrito del que le dice: «Es lo más bello que Ud. ha publicado. Tiene una armonía y gracia que lo hará perdurar, creo»), así como un «tratadito sobre cuestiones españolas» y «De la contención literaria». La carta quedó interrumpida y la retomaba el 18 de junio para explicarle (excepcionalmente en este epistolario) algo personal: había recibido carta desde París de su hermana Araceli Zambrano y de la madre de ambas, donde le narraban sus duras condiciones de vida. Unas líneas más adelante, daba noticia a Ferrater de la aparición al fin de *La agonía de Europa*.

Desde Santiago de Chile escribía Ferrater Mora la primera de las cartas a las que se ha tenido acceso. Iniciaba la carta con la noticia del nacimiento de su hijo Jaime, para, en el siguiente párrafo, entrar en materia filosófica al referirse a la dificultad de la escritura de su ensayo acerca de la muerte, que María Zambrano ya había leído en parte. Sobre los trabajos de ella, Ferrater escribía:

«Lo que importa», en cambio, en todo esto —y particularmente en el último de los citados ensayos [Eloísa]— es lo que por un azar que no sé si es tan azaroso como parece, me preocupa desde hace tiempo enormemente: en un sentido parecido al suyo, pero acaso partiendo de otros supuestos —porque son otras las experiencias que los guían— yo también he pensado mucho en que hay un cierto tipo de existir —que usted ejemplifica en la mujer— y que consiste en no participar de la historia, por lo menos en la medida y en el sentido que tiene este participar del hombre en la historia durante todo el Occidente. Pero yo ampliaba esto —o pretendía ampliarlo— hasta dos formas radicales de existir —de las que el hombre, tanto como la mujer, podía participar—: una forma de vivir «según el alma», que se encontraría sobre todo en Oriente, en la mujer occidental y, desde luego, en España, y

una forma de vivir «según la conciencia», es decir, según esa historicidad y temporalidad de que ahora tanto —y no por casualidad— se habla, forma esta última que habría proporcionado el sentido de la historia, pero que acaso tendría por última consecuencia aniquilar el sentido de la vida.³

A partir de este punto, pasaba Ferrater a darle la razón a Zambrano en relación con el modo como el ensayo, en publicaciones como *Cuadernos americanos*, se iba transformando en textos superficiales, en los que «lo que importa» es precisamente «lo que no les importa». En esta misma carta hay un añadido enviado a Alfonso Rodríguez Aldave que hace referencia a algún negocio que este último habría querido organizar. Las relaciones, pues, entre el matrimonio Rodríguez-Zambrano y Ferrater se habían extendido a diversos aspectos de la vida, como suele ser habitual.

La siguiente carta no la encontramos hasta abril de 1947. Una desorientada María Zambrano escribía a su amigo Ferrater:

Mi buen amigo Ferrater: ¿le he escrito o no desde París? Desde que murió mi madre se me resbala todo y parece haber desaparecido lo que era mi «facultad más brillante», la memoria; no recuerdo nada sobre todo de lo que hago o dejo de hacer.⁴

Araceli Alarcón había fallecido en septiembre del año anterior sin que su hija María la llegara a ver, como relata en *Delirio y destino*. En esta misma carta le pedía a Ferrater ir a Estados Unidos para quedarse a vivir allí, además de preguntarle por la aparición de su libro sobre la muerte:

¿Cuándo sale su libro sobre la Muerte?⁵ Ojalá sea lo que espero. Pues es llegado el momento en que la Filosofía pueda abordar ese «problema», pueda y deba, ya que una Filosofía de la vida o de la existencia está obligada no solo a dar cuenta de la muerte sino a ver la vida desde ella y así —a mi entender— por el extremo nos encontramos en una situación contraria y análoga a la de Platón. Y con ello, solo con ello se cancelaría el fundamental racionalismo de la Filosofía moderna, cosa que siempre pensé y sentí escuchando a Ortega cuando superaba «el idealismo y el racionalismo». ¿Cómo hacerlo sin abordar la muerte y otra cosa: el sujeto? Pero claro está que los dos hacen uno, la muerte no puede ser abordada sino desde el sujeto, el sujeto viviente, no del conocimiento.⁶

Zambrano evidenciaba así su reticencia, compartida con Ferrater, a la corriente existencialista continental. Más adelante, en la misma carta, esta crítica se hacía más directa en la figura de Sartre:

Ya ví claramente lo que es M. Sartre: un panfletario de la Filosofía siguiendo la tradición de Fournier, sin su nitidez y honradez. No, no lo puedo sufrir. ¡Quel melange! Y qué obras de teatro y qué escándalo de boulevard y qué santísima mugre.

3. Ferrater Mora, J., Carta inédita, 7 de noviembre de 1945, Santiago de Chile.

4. Zambrano, M., Carta inédita, 4 de agosto de 1947, París.

5. Se refiere al libro que Ferrater estaba preparando, y que saldría publicado en 1948, *El sentido de la muerte*.

6. *Ídem*.

7. Ferrater Mora, J., Carta inédita, 6 de abril de 1948, Nueva York.

8. Zambrano, M., Carta inédita, 24 de octubre de 1949, Roma. (Las cursivas responden a los subrayados de la autora.)

9. Zambrano, M., Carta inédita, 2 de marzo de 1950, Capri.

Sobre su producción filosófica, *Hacia un saber sobre el alma* ya estaba «en prensa», también aparecía un artículo titulado «La mirada de Cervantes» en la revista *Asomante* y una traducción al francés de *Filosofía y poesía*.

La siguiente carta la escribía Ferrater desde Nueva York, donde vivió un año gracias a la beca Guggenheim. En esta carta muestra un profundo conocimiento de Ortega y Gasset, ofreciendo una relación de las nuevas publicaciones del filósofo y comentarios sobre hacia dónde se dirigía Ortega con tales publicaciones. Apuntaba Ferrater sobre su obra:

En último término, este libro ha sido escrito para personas como usted. No necesito decirle que es lo único que estimo en algo de todo lo que he hecho y que concentra la meditación de varios años. Algunas de las ideas metafísicas que en él constan estaban insinuadas en mi «Introducción a Bergson».⁷

Ya pensaba Ferrater en esos momentos en una nueva investigación filosófica, *El ser y el sentido*, que se publicaría en 1968.

A partir de la siguiente carta de María Zambrano, enviada en 1949 desde Roma, se abría un importante tema de discusión para ambos autores: el cristianismo:

Mucho me ha enseñado Roma, pues me abandono a ella hundiéndome en el seno de mi ignorancia. Pero creo que lo más revelador es el sentir directamente el Cristianismo de los primeros tiempos. En los textos están las «definiciones» que el Cristianismo tuvo que hacer de sí mismo, obligado o fascinado por la Filosofía greco-romana. Pero en las catacumbas, en las imágenes de los mosaicos, en los pequeños objetos de vidrio, en las inscripciones, palpita la vida sin definición, la vida cristiana, la verdadera cuando aún no se había edificado la abstracción del Cristianismo. Y he venido a pensar que *la evolución del Cristianismo ha ido de una vida concreta, personal, a lo abstracto hasta llegar a los tiempos de hoy en que ya se ha convertido en algo tan abstracto como lo era la cultura pagana al final*.⁸

A lo largo de los siguientes años este fue un larguísimo hilo de discusión y de referencia entre Ferrater y Zambrano, alrededor del cristianismo y sus formas de vida, acentuando los respectivos puntos de vista sobre los que a menudo estaban de acuerdo. Por ejemplo, en 1950, Zambrano escribía que «todo ese catolicismo pagano me lleva a la Poesía, mientras que el cristianismo a la Filosofía. Ya está más claro»,⁹ haciendo alusión al recorrido que dibujaban ambos en sendas cartas sobre el primer cristianismo y su evolución en la historia hacia la abstracción.

Meses más tarde, en junio del mismo año, Ferrater la apremiaba a mantener una conversación: «Tengo muchas ganas de hablar con usted, lo que se dice hablar, con alguien, en vez de limitarme a usar

la palabra, en la mayor parte de los casos, para muy precisos fines». Y acto seguido le preguntaba:

Ahora yo quiero preguntarle si conoce usted algo de Simone Weil; por ejemplo y sobre todo *La Pesanteur et la Grâce*. Esta mujer, una «judía católica» que murió antes de los cuarenta años, dejó unos «papeles» que se han comenzado a publicar recientemente en Francia: «Il faut une représentation du monde où il y ait du vide, afin que le monde ait besoin de Dieu. Cela suppose le mal». O bien: «Un mode de purification: prier Dieu, non seulement en secret par rapport aux hommes, mais en pensant que Dieu n'existe pas». Etc., etc. En todo caso, eso está en la vía de Agustín, de Pascal, de Nietzsche, y claro está, de nuestro Unamuno. No es lo mismo y es lo mismo.¹⁰

Lamentablemente no hemos hallado entre las cartas la respuesta de Zambrano respecto a su conocimiento de Simone Weil. Finalmente conminaba a la autora: «Usted tiene la obligación —interprete esta palabra como quiera— de decirnos en un libro lo que sea el Cristianismo, para que de rebote veamos lo que es la Filosofía».

Un año más tarde le enviaba Zambrano a Ferrater el guión de *El hombre y lo divino*, del que le iría dando noticias e iría recibiendo los comentarios de Ferrater, especialmente sobre el texto «La condenación aristotélica de los pitagóricos», incluido en el volumen como capítulo. Y en 1951 también, Ferrater le hacía saber que estaba leyendo *Hacia un saber sobre el alma*.

A la discusión filosófica a través de los textos y al hilo conductor del cristianismo, se le suman los comentarios acerca de la crisis de la racionalidad occidental, siendo estos tres aspectos rápidamente entrelazados entre ellos como una postura, más que intelectual, vital de los autores. Así, a raíz de la lectura de Zambrano de la nueva obra de Ferrater *El hombre en su encrucijada*, en 1954 le comentaba lo siguiente:

Su libro me pareció un itinerario muy bien trazado de las diversas crisis de nuestro Occidente infernal. ¿No cree Ud. que toda nuestra cultura constituye una crisis, dicho sea en su honor? Me interesan más las múltiples y sutiles distinciones que Uds. [*sic*] hace a menudo en la Segunda Parte que la primera donde me muevo al leerlo entre ideas para mí muy familiares. Me gusta mucho como distingue y articula, que es lo importante, los procesos del pensamiento a los procesos sociales y las notas finales sobre la influencia del intelectual son muy justas y precisas. En suma, me gusta «el esqueleto» de la obra y el desenvolvimiento de los temas lo encuentro dominado por una pasión de claridad que [*sic*] le ha exigido una cierta renuncia a descripciones más o menos brillantes [*sic*]; ha esquivado Ud. muchos peligros con fortuna; es un buen libro; un itinerario que Ud. puede ampliar algún día haciendo algunas posadas. Me imagino habrá interesado bastante... tenido en cuenta, sí, ya sé.¹¹

10. Ferrater Mora, J., Carta inédita, 28 de junio de 1950, París.

11. Zambrano, M., Carta inédita, 24 de marzo de 1954, Roma.

12. Zambrano, M., Carta inédita, 13 de mayo de 1954, Roma.

13. *Ibidem*.

14. Zambrano, M., Carta inédita, 5 de octubre de 1955, Roma.

Y en carta siguiente, añadía:

Me ha extrañado la abundancia de citas y referencias. Lo sé plenamente justificado. No me lo justifique pues. Y aun creo que ha hecho Ud. bien. No le quita el tono personal de confesión a veces, pero sí lo interrumpe musicalmente. Y solo estamos maduros cuando nuestro pensamiento sigue su música en libertad y obediencia. Pero... no nos dejan, ya lo sé. Y vea algo curioso. ¿Por qué no nos dejan?, me pregunto. Yo veo que en el mundo de hoy todo es permisible, todo. Habrá leído naturalmente lo último de Heidegger quiero decir donde viene pena me da decirlo [*sic*], a mi terreno aquel de mi *Filosofía y poesía*. No exactamente ya lo sé, pero ¡tan próximo! Para no hablar de otras cosas. Lo que ha sido mi visión y mi obsesión, la necesidad momentánea quizá pero de un momento esencial de géneros filosóficos mezclados de confesión o integrados en poesía o desenvueltos en novela, todo se realiza bien que mal, no como yo lo había soñado... «Ellos» pueden; nosotros, no.¹²

La crítica a la racionalidad occidental, como señalábamos anteriormente, se une también al modo como el discurso mundial se iba encerrando en un único discurso que filtra o simplemente anula las otras voces provenientes de otros lugares. El existencialismo, pues, era objeto de una dura crítica por parte de ambos pero especialmente de Zambrano, como va evidenciando en sus cartas a Ferrater.

De mí, ¿qué decirle? Todo se me enlabinata. Sí; escribí en siete semanas *Delirio y destino*, «especie de biografía espiritual e intelectual de España» según dijo M. Marcel. «Libro a través del cual España debería de incorporarse a la vida espiritual de Europa» —Idea—. Lo dijo en el momento en que se entregaba el premio Europeo de Literatura en Ginebra, donde yo lo había enviado, anónimo como todos.¹³

A Ferrater le había llegado la noticia de la escritura de la autobiografía de María Zambrano, *Delirio y destino*, confirmación que recibía como hemos podido leer en el anterior fragmento. También debía tener noticia Ferrater de que el libro había sido escrito para participar en el premio europeo, aunque no recayó en Zambrano. En cuanto lo leyó, le envió el siguiente comentario (comentario con el que, por cierto, María Zambrano¹⁴ estaría totalmente de acuerdo):

Volví a tomar el volumen. Lo he terminado, quiero decir terminado físicamente. En el «otro» sentido es un volumen que no se termina: sigue actuando, silenciosamente, a veces en la conciencia, recordando explícitamente algunas de sus frases, las más de las ocasiones en la subconciencia —o acaso en la sobreconciencia—. No creo que esto pueda decirse de muchos libros. De hecho, puede decirse solo de aquellos (o de algunos de aquellos) cuyo autor no es solo el autor —quiero decir de aquellos en los que el autor «recoge» resonancias que están muy en el fondo de la existencia humana, en *forma* de mitos, religiones, filosofías, ritos cuyo sentido se ha perdido y que el autor justamente recobra —para él y para los otros—. Su libro no encierra por ello solo su porvenir y su más antiguo pasado —como me escribe

en la dedicatoria—: hay también (y sobre todo) el porvenir y el pasado de muchos hombres. ¿Sería justo llamarlo una autobiografía del hombre? Yo así lo veo, y dentro de este marco he entendido muchas de sus páginas.¹⁵

Hallamos en este epistolario el estilo propio de ambos autores. En el caso de Ferrater la economía de lenguaje que tanto lo caracteriza, junto con la precisión. En el caso de María Zambrano, su estilo peculiar que roza lo poético está presente en las cartas, pero también se nos evidencia que los asuntos en la filósofa van transcurriendo y manteniéndose a lo largo de su vida. Así, de aquel texto escrito para *Revista de Occidente* titulado «Por qué se escribe», encontramos un fragmento que trae a la memoria en la carta que envía en 1954 a Ferrater, pero también ese mismo fragmento recuerda a la carta que le enviaba a Ortega y Gasset en 1932:¹⁶

Escribo para mí misma, porque no puedo dejar de hacerlo, por primera vez Filosofía sin más, quiero decirle que me metí directamente en aquello en que he estado siempre metida. Ya no pienso en el libro, no sé qué será, no me preocupa ni la forma ni la estructura, ni la «forma de expresión» que tanto me ha interesado y me sigue interesando, mas ya no para mí; ha caído una barrera que me tenía detenida. Escribo para enterarme yo misma de lo que llevo dentro y que no quiere seguir estando así ya más; escribo ¡Qué ridículo decirlo! para encontrarme con la verdad, en la forma que me sea accesible.¹⁷

Es María Zambrano ejerciendo su profesión de filósofa. No es Zambrano queriendo entender qué es la creación poética a través de sus amigos poetas, o «el agua visible en forma de transparencia» en la pintura de sus amigos pintores, ni siquiera educando a jóvenes filósofos en el pensar. Es María Zambrano dialogando con un igual, un filósofo como ella, exiliado como ella y con las mismas preocupaciones filosóficas. Un filósofo que comprenderá qué se siente al desvelar qué hay tras esa barrera que la tenía detenida.

En octubre de 1955 Zambrano transmitía a Ferrater la angustia que le había provocado la noticia de la enfermedad grave de Ortega y Gasset, y ya, tras la muerte de su maestro, en diciembre del mismo año se sucedían los artículos que escribió sobre la figura de Ortega, del que ella misma escoge como el mejor «Don José», publicado en *Ínsula*. A su vez Ferrater escribía artículos en todas las publicaciones posibles para rendir homenaje y poner en claro su pensamiento.

En la siguiente carta a la que hemos tenido acceso, del 25 de marzo de 1957, escrita por Zambrano, se transparenta la intensidad que dedicaba a la investigación que luego sería uno de sus trabajos más importantes y del que ella decía sentirse especialmente satisfecha: *Los sueños y el tiempo*. «Creo que le dije que lo llamaba para mí «la piedra» y que era diferente de todo, nuevo y viejo, en fin...».

15. Ferrater Mora, J., Carta inédita, 19 de septiembre de 1955.

16. «Leo filosofía, única cosa que nunca me es extraña, con una inmensa alegría, porque ella me da una salida luminosa al mundo, porque la amo como a aquella que durante mucho tiempo nos ha esperado perdonándonos todas, las más aparentes que efectivas, traiciones», en Zambrano, M., *Escritos sobre Ortega*, Madrid, Trotta, 2006, pág. 214.

17. Zambrano, M., Carta inédita, 18 de julio de 1954, Roma.

18. Zambrano, M., Carta inédita, 25 de marzo de 1957, Roma.

19. Zambrano, M., Carta inédita, 4 de octubre de 1962, Roma.

El tema [de *Los sueños y el tiempo*], ya verá: «Un punto de vista capaz de renovar una de las Ciencias Humanas, original y fundado». De haber tenido tiempo hubiera enviado otro sobre las relaciones entre Filosofía, Poesía y Religión. Digamos lo que ha sido mi método, nunca del todo explicitado. [...] Creo, Ferrater, que ahí, en el esquema, aparece un cierto «descubrimiento».¹⁸

Y del mismo modo se sentía Ferrater frente a alguna de sus obras. En este sentido, de aquel estudio que tanto ansiaba leer María Zambrano durante años, podía escribirle su crítica en 1962:

Hace dos horas que he recibido su libro *El ser y la muerte*. Inmediatamente me he puesto a su lectura. Pero no quiero esperar a acabarla para darle a usted las gracias por haber hecho me lo haya enviado y para decirle cuánta alegría me ha dado. Pues que la impresión primera es que se trata de un libro de claridad. Y no dejo de decir «claro» por rebuscamiento, sino porque no es lo mismo, según se viene entendiendo. Y original, pues que esclarece la cuestión desde donde no se solía, desde la Razón. Y sin ser por ello una «Meditación sobre la muerte» en la tradición estoica, uno de los impedimentos, creo, de que no se haya abordado desde la razón el morir y la muerte. Pues que en el estoicismo se constituye la Razón con tal fuerza y estabilidad y solo dio eso, meditación, y claro está algún sentir excepcional, como el de Séneca. Y es que faltaba el «dentro», ese dentro que la razón ha de ir esclareciendo, rescatando y aun redimiendo al modo humano, si esto es posible, que para mí ya sabe que no en modo solo humano. Y puede suceder, eso sí, que no se llame ya divino a lo que en otros momentos del pensar se llamaba.¹⁹

Se suceden en los años las críticas filosóficas a las publicaciones, *Desafío* (1957), *¿Qué es la lógica?* (1958), *Ortega y Gasset* (1958), *Unamuno* (1958, 2.ª edición), *El ser y la muerte* (1962), o por parte de María Zambrano *Notas de un método* (1960), «Carta sobre el exilio» (1961), «Aquel 14 de abril», *España, sueño y verdad* (1966) o *La tumba de Antígona* (1968). Son, en algunas ocasiones, meros anuncios, pero en otras se trata de verdaderos comentarios filosóficos.

Finalmente, un último tema acercó a Zambrano y Ferrater: el exilio, o más bien, el pensamiento del exiliado. Pocas veces tocaron el recuerdo de sus años en Cuba («no sabe cuánto pienso en esa horrible sensación de sentir uno siempre sobre sí su propio cuerpo que se experimenta en los trópicos», le escribía Ferrater a Zambrano acerca del calor y las malas condiciones para la escritura que este les provocaba). Pero la contención que había en el primer decenio de relación epistolar se rompió en 1952 cuando Ferrater viajó por primera vez a España, y su descripción quizá contenga el pensamiento condensado del exiliado cuando regresa al lugar del que se fue:

Por vez primera en... pues, sí, en casi catorce años, estuve en España. Un mes, el de Julio, pasado en Barcelona con mi familia. Vi a muchos viejos amigos y a muchas viejas piedras. [...] No le ocultaré mi emo-

ción: todos sabemos lo que pasa y lo que ha pasado (y hasta sospechamos lo que pasará), pero ni los viejos amigos ni las viejas piedras ni las nubes ni los pájaros parecen tener que ver gran cosa con ello. Recuerdo que usted dijo una vez a alguien que, so capa de política, atacaba a España: «Pero es que los árboles no son del régimen».²⁰

20. Ferrater Mora, J., Carta inédita, 10 de agosto de 1952, París.

21. Zambrano, M., Carta inédita, 7 de octubre de 1952, La Habana.

22. Ferrater Mora, J., Carta inédita, 28 de octubre de 1962, Bryn Mawr.

La carta continuaba con una descripción del estado en el que los españoles vivían la dictadura, la actitud frente a ella. María Zambrano entraba de lleno en su respuesta y aprovechaba para reflexionar acerca de España y también para preguntarse si no habría que volver:

Lo peor para nosotros es eso, creo: el haber perdido la naturalidad, el que se nos haya [hecho] problema, no España, sino nuestra vida en ella, pues problema siempre lo fue. Creo que algún día haciendo acopio de humildad, de benevolencia y de desdén deberíamos irnos para allá. ¿No acabaremos por ser una especie de pedantes o de puristas?... Todavía no, al menos eso me digo: todavía no, como ante la muerte por mucho que a veces se la llame y se vea en ella, en ella cada día más, la Patria entre todas.²¹

Se rompió el dique de contención, y de alguna forma fue apareciendo en las posteriores cartas la esperanza del retorno o su imposibilidad, así como el restablecimiento de las relaciones intelectuales con algunos medios de comunicación, con una naturalidad que debía ser la del exiliado.

Probablemente sin saberlo, Ferrater Mora resumió, en el párrafo que presentamos como cierre, el núcleo de la relación epistolar entre los dos filósofos, que hicieron de su relación y sus preocupaciones individuales, una relación filosófica basada en el diálogo entre iguales:

Y también me importa, no necesito decírselo, ver lo que escriba usted, sobre todo cuando lo que usted escribe gira de algún modo, en torno a «lo mismo». De muy distinta manera seguramente, con distintas experiencias, y un diferente «estilo de pensar» —pues todo eso es lo que hace la filosofía ese asunto personal, que es, sin ser, ni mucho menos, «subjetivo»: el modo de ver cada uno desde la Razón—, pero de algún modo «lo mismo». [...] Recuerdo que hacia 1941, en Cuba —Cuba, precisamente—, hablaba usted ya de esa «religión poética» de Unamuno que tan a fondo describe y analiza en su artículo. El cual contiene, además, lo que puede ser la mejor clave para entender a Unamuno: «la tentación de la filosofía». Y no solo a Unamuno; acaso a los propios filósofos.²²